

como un dromedario;—pero queda convenido, ¿eh?

—Queda convenido, por cincuenta libras.

—¿Y vos vereis á Kate Potter?

—Veré á Kater Potter.

Media hora más tarde el borracho roncaba bajo la mesa. Smith frotaba una contra otra sus gruesas manos.

—¡Pediré el doble al caballero!—pensaba.—El asunto le interesa en extremo. ¡Ah, las daré, y no daré más que cincuenta á este animal!

Las borracheras de Struth no eran nunca largas.

Se hubieran necesitado, para aplanarle, diez ó doce botellas de esa buena ginebra que le daba todas las riquezas de la tierra mientras las apuraba. Y Struth no tenía tanto crédito en las tabernas felizmente. Al día siguiente por la mañana, se hizo á la vela, y para informarse, fué á lanzar su trasmallo á la bahía de Sainte-Brelade.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO GARCÍA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII

Mientras la tempestad.

Al otro día, á eso de las dos de la tarde (era á mediados de setiembre), al contrario de lo que ocurre de ordinario en las islas, en donde la temperatura se refresca por la brisa del mar, el calor era sofocante. Pesadas nubes cargadas de electricidad, pasaban lentamente por encima de Jersey, y parecían tan bajas, que se hubiera creído que iban á clavarse en las puntas de las rocas del Noirmont ó en las almenas de las sombrías torres de Montergneil.

No llovía. Únicamente la tempestad amenazaba.

Tres mujeres estaban reunidas en una de las habitaciones de la casa de color de rosa. La más jóven, tendida en su lecho, se retorcia, presa de intolerables dolores. Era la señorita de Roye. Las otras dos estaban de pié á la cabecera del lecho.

—¡Y ese Perros que no viene!—esclamó Germana en un momento de cólera.—¡Que no esté aquí ya! estoy segura de que debe llegar pronto. ¡El no puede olvidar!... Ursula mirad á ver.

Ursula la dirigió algunas palabras de consuelo.

—Valor, señorita.

—Y decir,—replicó Germana,— que las madres bendicen estos sufrimientos que anuncian una nueva existencia, el ser esperado, mientras que yo!...

Un dolor más violento que los otros la cortó la palabra.

Metió en la boca su pañuelo de batista, fino como la seda, para ahogar un grito, y lo desgarró.

—Un médico,—dijo Ursula despavorida;—Kate corred, os lo suplico.

Kate se encogió de hombros.

—¿Para qué?—replicó.—Además no llegaré a tiempo. Aquí estoy yo. No temais.

Hubo un nuevo silencio.

Germana, jadeante, sudando, con el corazón laténdola con extrema violencia y los ojos anegados en lágrimas, murmuró algunas palabras.

—¡Mirad á lo lejos... viene... ahí está!

Ursula por obedecer corrió á la ventana.

Los mástiles de un navío, lejano aún, principiaban á dibujarse sobre el sombrío fondo del horizonte, pero debía estar á siete ú ocho millas de la costa, y no soplabá viento alguno.

—Teneis razon—dijo la doncella;—sin duda es él.

Y volviendo á la cabecera de su ama se inclinó sobre su lecho, diciéndola:

—¡Animo, señorita!

Un último espasmo, terrible y corto, arrancó un grito á la desgraciada, y sus crispados dedos se sepultaron en las ropas de la cama.

Habia dado á luz.

Un repentino bienestar penetró en sus venas como un bálsamo vivificador. Hundió la cabeza entre las almohadas y un arroyo de lágrimas se deslizó por sus mejillas.

Kate Potter, en efecto, sabia tanto como un doctor en estos asuntos.

Cogió la criatura y la llevó á una habitacion

inmediata, á aquella criatura á quien ya se detestaba, á aquella criatura á quien su madre no habia querido preparar nada, mientras que las demás son ansiosamente esperadas y encuentran á su entrada en la vida una cuna y pañales para ser envueltas.

La inglesa volvió al cabo de un instante y dijo algunas palabras á Ursula, quien las transmitió al oído de su ama.

La señorita de Roye se estremeció.

—¡Una niña!—murmuró.—¡Ah! ¡infortunada! Germana entrevió como en sueños las miserias de la vida de una abandonada.

¡Un hijo! Un niño, hubiera podido defenderse, abrirse camino á fuerza de voluntad, de energia; ¡pero una hija!... ¡La debilidad, la impotencia, rodeada de todos las tentaciones, espuesta á todas las asechanzas! ¡Ese ser, para el cual la misma belleza, el talento, el encanto, son un peligro más, una causa de perturbacion más, una probabilidad más de pecado! Dejarla libre á la aventura, con sus propios recursos, sus debilidades, sin proteccion y sin defensa, ¿era posible eso?

¡Qué crimen! ¡Cuanta razon tenia Perros!

Su cólera desaparecia. Su alma se ablandaba poco á poco. Mil pensamientos contrarios se agitaban en su debilitado cerebro. Estaba tan lánguida, tan abatida, que vivia como en un sueño.

Se sintió levantada en los vigorosos brazos de Ursula; la parecia que volvía á caer estenuada, pero sin sufrimientos, sobre un blando lecho y pronto perdió completamente el conocimiento. Sus ojos se cerraron, su cabeza se hundió en las almohadas y todo desapareció de su memoria; dormia.

No hubiera podido decir ella misma cuanto tiempo duró aquel sueño. Cuando volvió en sí, su habitacion estaba casi completamente á oscuras. La bugia encendida sobre la chimenea vacilaba al soplo de la brisa que penetraba por las ventanas que estaban abiertas.

Germana recobró la memoria muy confusa al principio, más clara despues.

Todas sus aversiones, todas sus antipatias, todos sus disgustos se reavivaron.

Volvia á ver la brutal cabeza del baron, inclinada sobre ella como viviente amenaza, y un estremecimiento de horror la sobrecogia. Veia la triste casa de Brandes, la habitacion sombría, con su decorado defencina y el retrato de la baronesa, de aspecto duro y rencoroso; reparó en su imaginacion la escena triste, horrible, de la lucha innoble, del crimen que la habia perdido. Pensó despues en su pasado, resplandeciente y encantador, y por encima de todos estos recuerdos, sombríos ó alegres, veia la imagen de Roberto de Beaulieu.

Le amaba, y aquella hija, aquella criatura del crimen, seria un obstáculo eterno entre ella y el hombre á quien pertenecia ya de corazon, con tanta más razon, cuanto que temia ser separado de él.

Tal vez ella era ya objeto de dudas, de desconfianzas invencibles. ¡Tal vez Roberto la arrojaria al rostro, á su vuelta, la injuria de una negativa!

¡Aquella hija, era su honor perdido, sus esperanzas destruidas! ¿Dónde ocultarla? ¿A qué manos confiarla? Causa de dolores tan atroces en el pasado, ¿qué reservaria en el porvenir á su madre?

Se incorporó en el lecho y una convulsion dolorosa agitó sus brazos como para alejar una vision que la molestaba, y murmuró con voz alterada:

—¡No! ¡no! ¡eso es impasible! ¡Te odio!

Una mujer se habia aproximado sin hacer ruido y estaba de pie cerca del lecho.

—¡Oh!—dijo en inglés,—aborrecer á su hija!... ¡una madre!... ¡Eso es horrible!

La señorita de Roye se volvió hácia ella.

—¡Estabais ahí?—la dijo.

—Desde hace un instante.

—¿Me habeis oido?

—Sin querer. Sin duda se trataba de vuestra hija. ¡Vos no podeis pensar así! Más tarde amareis á esa criatura, ya lo vereis.

—¡No! ¡Si eso es un crimen que caiga sobre mi!

—¿Quereis que os la traiga?—preguntó con dulce voz la inglesa.

—¡No!

—Tal vez...

—¡No!—respondió con vivacidad Germana, como si temiera dejarse enternecer.

—¡Ah! señora. ¡Ah! milady. ¡Una madre!...—murmuró Kate Potter.

—Dejadme... Vos no sabeis... Hay infamias... Fatalidades que no se adivinan. ¡Idos, Yo os llamaré!

Kate Potter se retiró con reposado paso.

Quería insistir aun y no se atrevia.

Cerca ya de la puerta se volvió y repitió:

—¡Ah! señora. ¡Ah! milady.

Pero Germana la despidió con aire brusco, diciéndola con voz fatigada:

—¡Marchad!

Kate salió.

Entonces, de una puerta que daba á una habitacion vecina, se destacó un hombre que avanzó lentamente hácia la señorita de Roye.

Cuando estuvo á su lado, cogió entre sus manos una de las de la enferma, ardiente por la fiebre y blanca como la cera, que reposaba sobre la colcha de seda color carmesí.

Germana levantó la cabeza con trabajo.

—¡Vos!—dijo.

En su rostro se reflejó una repentina alegría.

Era el capitán Perros, grave, casi severo.

—Si,—dijo él,—llego á tiempo. Hubiera querido llegar antes. Pero desde el golfo de Gascuña me ha sido imposible avanzar mucho. En fin aquí me teneis.

Miró á la joven largo rato. Germana bajó la vista ante sus miradas, en las cuales habia á la vez reprehensiones y piedad.

—Lo he oído todo,—dijo Perros.—Estaba ahí á dos pasos, cerca de esa puerta.

—¡Ah!

—¿De modo que persistís en vuestra aversión!

—Sí.

—¿Quereis abandonar á vuestra hija?

—Abandonarla completamente no,—dijo Germa,—dominada por la mirada del marino...—

¡Al menos no sin recursos!

—¿Sabeis que ese crimen sería peor que el otro, que el del padre?...

—¡Eh! ¿Qué pretendéis, pues, que haga—exclamó Germa—en medio de tanta incertidumbre? ¿Cómo puedo salir de la trama en que estoy envuelta? ¿Es preciso que me rinda á discreción al miserable que me persigue? ¿Esta hija, esta criatura que defendéis, es su sangrel

—¡También es la vuestra!

—El es quien renace en ella; ella es la cadena que me liga á ese bandido. ¡El lo sabe, así lo cree, y tiene razón! ¡Comprendo que blasfemo, que merezco todos los castigos del cielo por mi cobardía! ¡Soy una madre indigna! ¡Pero vos no borraréis el horror de aquella odiosa noche, cuyo solo recuerdo me enloquece, me hace perder la razón! ¡Ya no sé, en verdad, si poseo alguna! Esta niña... ¿qué quereis que haga de ella? ¡Por vos, por complaceros, en cambio de los servicios de que os soy deudora, daré una suma importante á personas extrañas que cuiden de esa hija, la hija de la traición, de la concupiscencia y del odio! ¡Pero no quiero verla ni ahora ni nunca!

—No obstante, espero que reflexionareis.

—¿Para qué?

—¡No sabeis, no podeis imaginaros á qué tormentos, á qué remordimientos os exponéis! Esa pobre criatura de Dios no tiene á nadie más que á vos en el mundo. No podeis evitar el que más pronto ó más tarde una voz interior os hable de ella. ¡Entonces la buscareis con pasión, con verdadera rabia! ¿La volveréis á encontrar? ¿Y qué habrá sido entonces de ella? Si os

la devuelven, ¿cómo os la devolverán? El lugar que en su cariño ambicionareis entonces, ¿no os habrá sido usurpado por personas extrañas? Si es desgraciada, ¿no sufrireis entonces vos más que ella? Esas palabras tan dulces para toda madre: ¡hija mía! ¿no tienen ningun eco en vuestra alma?

—Pero, en fin, ¿qué es lo que me aconsejais? ¿Será preciso, según vos, que regrese á Paris, en donde soy esperada, en donde estoy prometida, y que yo misma proclame mi caída, mi vergüenza, que publique mi deshonra y entregue como pasto á la maledicencia mi honor? ¿Será preciso que yo, por mi misma, lance la deshonra y el deshonor sobre un nombre hasta el presente respetado?

—¡No os pido tanto!

—¿Entonces?...

—Vos sois rica, lo acabais de repetir: pues bien, yo he reflexionado á mi vez; comprad esta casa, que está en venta; dejad en ella á vuestra hija, á vuestra hija, ¿me entendéis?, al cuidado de servidores que os sean leales; confiádmela á mí, si lo preferis. Yo no tengo familia; ella será mi familia. Os juro que no tendrá guardian más vigilante ni más celoso que nuestro servidor. La vereis en secreto cuando podais; por mi tendreis noticias ciertas de ella. ¡Dejáos enternecer! Sois buena y generosa, pues que ni aun quereis hacer traición al infame secreto del culpable. ¡Me escuchareis al fin, estoy seguro de ello!

El breton siguió hablándola largo tiempo con la elocuencia del alma. La señorita de Roye habia cerrado los ojos; pero al cabo de un instante, el capitán vió que las lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas.

La emoción se apoderó de ella. La voz del capitán Perros la hacia oír en voz alta, lo mismo que su conciencia la hacia oír en voz baja. Al fin, vencida por la palabra tan sencilla y tan ingénua del marino, murmuró:

—¡Traédmela!

—¡Enhorabuena!—exclamó Nazario.—Estaba seguro de que os dejaríais conmovier.

Y en seguida llamó:

—¡Ursula! ¡Kate!

Nadie respondió.

En la parte de afuera el viento comenzaba á soplar con alguna violencia, un viento del Sudoeste que empujaba hácia adelante, como un pastor empuja á sus ovejas, grandes, negras y pesadas nubes, que presagiaban el rayo. Gruesas gotas de agua caían, produciendo fuerte ruido sobre las hojas de los árboles. La tempestad amenazaba y la noche se ponía cada vez más oscura.

El capitán Perros se inclinó fuera de la ventana y llamó de nuevo.

—¡Ursula! ¡Kate!

Una voz le respondió desde el huerto y bien pronto la doncella de Germana entró.

—Traed la niña, ordenó el marino.

—¿Lo habeis conseguido?

Perros contestó afirmativamente con la cabeza.

Ursula, fuera de sí de alegría, se dirigió hácia el cuarto inmediato.

El lecho sobre que habia depositado á la hija de Germana, estaba vacío. Pero Ursula no se alarmó por esto. Pensó que Kate Potter la habria llevado á otra habitacion y llamó á su vez:

—Kate.

La inglesa se precipitó en la escalera para acudir al llamamiento; pero á las primeras palabras de Ursula se puso súbitamente livida. Comprendió la terrible maquinación de que era víctima, no cómplice.

Las maniobras de Struth, sus preguntas desde hacia dos dias, acudieron en tropel á su imaginación. Sin dudar un segundo, adivinó la verdad.

El capitán, que habia acudido impaciente, la cogió por un brazo, diciéndola:

—¡Tú lo sabes todo! ¿Dónde está la criatura!

Kate se arrojó á sus piés, protestando de su ignorancia.

—¿Tú no has visto á nadie?—preguntó Perros.

—A nadie.

Mentía. Struth no habia abandonado desde hacia dos dias la bahía de Sainte-Brelade ni la taberna de Clarkerson, pero no habia tenido necesidad de confiarla sus propósitos para obtener su ayuda. Habia pensado que llegaria sin necesidad de esto á realizar la empresa de que se habia hecho cargo con su *honorable* asociado, Jhon Smith. Como habia pensado muy bien este, desde el momento en que tenia entrada en la casa, era lo bastante para introducirse en las habitaciones de la señorita de Roye, bajo cualquier pretexto.

Harry habia aprovechado el momento en que Ursula y Kate, atraídas por la curiosidad á la playa, esperaban la llegada del bote de Perros. Se habia introducido en la casa sin dificultad para coger al recién nacido en la oscuridad y llevarlo á su barca que la marea sostenia á flote. La primera parte del programa estaba ejecutada. Iban á cumplir la segunda.

El capitán Perros, al abordar con el bote de la *Golondrina*, se habia cruzado con la barca del pescador, que comenzaba á bordear la bahía para hacerse mar adentro y tomar el viento favorable. En realidad, Kate Potter era inocente; ¿pero podia acusar á Harry Struth?

Cuando el breton se hubo cerciorado de la nueva desgracia que venia á herir á la señorita de Roye, entró con el corazón oprimido, en la alcoba.

—Valor—la dijo;—vuestros enemigos no descansan.

—¿Qué sucede?

Germana temblaba al hacer esta pregunta. Perros se calló.

—¡El, él!—murmuró la joven con espanto.—¡Siempre él!

El hombre de la capa negra

El baron Santiago de Brandes poseía todas las argucias, todas las sutilezas de los astutos aldeanos y de los cazadores furtivos, entre quienes vivía; pero poseía también todas las audacias de esos poderosos y robustos malandrines, de quienes, preciso es confesarlo, descienden la mayor parte de las grandes familias de todas las aristocracias del universo.

Santiago de Brandes era un bandido, un pirata de la Edad Media, extraviado en la nuestra. No es él solo. Nos codeamos á cada paso en el boulevard ó en el foyer de la Opera con quienes le imitarían con entusiasmo si poseyeran algo de su virtud especial y una circunstancia favorable para ponerla por obra.

Esa virtud especial, se llama valor.

Es más rara de lo que se cree entre los canallas. A nuestros ojos no es una excusa. La maldad no la tiene. Pero queda un honor. Aunque sea un bandido de los Abruzos, un contrabandista de los Pirineos, un salteador de caminos, un pirata, el hombre que arriesga frecuente-

mente su piel, tendrá siempre una parte del público en su favor en el teatro ó en la vida real.

No será jamás un pillete vulgar ni un simple criado.

Jacobo Smith, en el momento en que Struth entraba en la casa color de rosa, no se hubiera atrevido á dejarse ver.

No era menos útil acechando á lo largo de la pared del cementerio, donde estaba agachado como una zorra en un matorral.

Esto era más seguro.

Cuando Struth reapareció en la oscuridad, prolongando su gran silueta, medio encorvada por la rapidez de la marcha, su compañero se acercó á él.

—¿Está hecho?—le preguntó.

—Está hecho.

—¿Nadie os ha visto, Struth?

—Nadie.

—Todo va bien.

Struth dió un rugido sordo. Aquel chacal le irritaba. Estaba furioso contra Smith, contra sí mismo, contra todo. La pesca en aguas dudosas, el contrabando, los golpes dados ó recibidos en las batallas de borracho, no le asustaban. Pero el rapto de una criatura, arrebatada á su madre por la noche, por dinero... esta infamia, esta cobardía, le exasperaba.

Masculló algunas palabras que significaban, en suma, que aquel robo le acarrearía alguna desgracia.

Y como Smith se burlara de sus escrúpulos, le impuso silencio con rudeza.

—¡Cállate, hijo de pagano!—le dijo.—Tu venderías los huesos de tu madre aunque no te dieran por ellos más que treinta chelines.

En lo cual no se engañaba. Por el mismo precio, Smith hubiera dado no solo los de su madre, sino también los de su padre, á fin de no dejar de hacer la venta.

—¡Pues bien, vuelve!—respondió Jacobo con áspero tono.—Vuelve á poner la criaturita en su cuna.

—He vendido,—dijo el pescador.—Entrego.

—Y vas á coger ahora el dinero.

—Aún no...

En efecto, el viaje prometido no estaba hecho.

Y Struth con su ojo de marino preveía en él ciertas dificultades, pero se calló.

Al poco rato, los dos hombres llegaron á la barca que se balanceaba amarrada por una cadena á una estaca clavada en la orilla.

La barca no era más que una lancha grande como la de los pescadores más pobres, pero con puente, con un solo mástil, vela cuadrada y una ballestilla á la parte de atrás.

Se necesitaba una buena dosis de atrevimiento para aventurarse en alta mar, en las noches oscuras, sobre semejante casco averiado y que se quejaba como un herido olvidado en el campo de batalla.

A la llegada de Smith y de Struth, un hombre que estaba sentado al pié del único mástil del lanchon, se levantó y dijo:

—¿Sois vosotros?

—Sí, milord.

—¿Partimos?

El pescador examinó con mirada disimulada, como se examina á un enemigo, el horizonte, negro como la tinta y que solo algunos lejanos y cortos relámpagos alumbraban de cuando en cuando.

No se veía á medio paso de distancia.

La lluvia, una de esas lluvias de tempestad, calientes y pesadas, que habia caído durante las primeras horas de la noche, no habia durado más que algunos minutos.

—¿Es á Barfleur á donde os debemos conducir?—preguntó Struth.

—A Barfleur. Recibireis la cantidad convenida al abordar. Los ojos del pescador sondearon de nuevo el horizonte y sus dedos se crisparon de contrariedad.

Pero no dijo más que:

—Vamos.

Barfleur es un punto situado en el extremo noroeste de la península del Cotentin, la cual forma el departamento de la Mancha. Este país no es en manera alguna despreciable. La riqueza de su suelo, fértil y pintoresco, hizo decir hace mucho tiempo: «No hay más que un Cotentin en el mundo.»

Allí era donde la señorita de Roye poseía la magnífica posesión de Roville. Allí era también donde el pobre baron de Brandes poseía su pequeña quinta de La Hougnette. Las dos posesiones no se parecían en nada: Roville daba más de cien mil francos de renta; la Hougnette mil escudos apenas. Esta era sin embargo, la perla del baron. Sin ella lo hubiera pasado mal.

La travesía de Jersey á Barfleur es larga; pero no tiene nada, en tiempo ordinario, que pueda asustar á un marino, á condición sin embargo de que conozca bien la costa.

Struth la conocía admirablemente.

A pesar de los reglamentos, á despecho de los guardacostas, habia ido á pasear su barca cien veces por aquellos parages.

Pero la tempestad, que se aproximaba rugiendo, le daba en qué pensar.

—¿Y bien?—preguntó el desconocido, impaciente como si el puente de la barca le quemara los piés.

Struth, que habia dejado su ligera carga en poder del desconocido, desató la amarra, izó la vela y se sentó al timon.

Jacobo Smit era poco aficionado al mar. Este hombrecillo, redondo como un tonel, estaba dotado de la prudencia de la serpiente.

Pero aquel día habia que coger una gruesa suma á la llegada y por conciencia era imprudencia grande dejarla en manos de un sempiterno bebedor como Harry Struth.

Jacobo Smith se sacrificaba.

—¿No hay peligro?—preguntó al pescador.

Su voz era humilde y cariñosa.

Struth contestó de mal humor y sin que se le pudiera entender nada de lo que dijo.

La barca estaba ya á cien brazas de la playa.

—¿Es bueno el viento?— preguntó Jacobo Smith.

—No quedaremos en el camino.

—¿Y el barco?

—Durará tanto como nosotros— replicó Struth, burlándose del visible miedo de Smith.

El desconocido no decía nada, se había enuelto en su capa negra y cubría con ella hasta la mitad de su rostro, después de haber colocado á la criatura dormida en una canasta, cubriéndola con un pedazo de lona que la preservaba del viento y la lluvia.

Struth manejaba el timon y la vela en silencio.

Ya se alejaban de las costas de Jérsy.

Habían pasado la bahía de Sainte Brelade, y á lo lejos, las mil luces del puerto y de la ciudad de Saint-Helier, salpicaban la oscuridad de puntos brillantes.

El viento era bueno, como había anunciado el pescador.

Al poco tiempo el lanchon entró en alta mar, dió la vuelta alrededor de la *Golondrina*, la cual, previendo la tempestad, viraba de bordo para ponerse á cubierto de ella en el puerto de Saint-Helier, y doblando la punta de Noirmont, dirigió la proa hácia la Hague y Cherbourg.

A pesar de las espesas tinieblas, Struth siguió su camino como si hubiera estado alumbrado por los rayos del sol más brillante.

De cuando en cuando el viento soplabá con más violencia. El averiado casco de la lancha gemía como el tronco de una encina, cuando es atacado por el hacha del leñador.

Al cabo de dos horas, Jacobo Smith, casi sin sin fuerzas, pálido, sacudido por horribles espasmos, deploraba su audacia, y á pesar de su pasión por el dinero, hubiera dado su parte de botín por estar sobre un fondo sólido en su tabuco de Saint-Helier. Pero era demasiado tarde.

El desconocido no hacía un movimiento.

El niño seguía dormido.

Harry Struth, firme en su puesto, experimentaba, por el contrario, un sentimiento de orgullo.

Estaba allí en su elemento como una gaviota en medio de la tempestad.

Acariciaba con el pómulo de su ruda mano la caña del timon y huía ante la tempestad, que le daba alcance, con más velocidad que las pesadas nubes que traían el rayo.

El tiempo pasaba. De hora en hora el desconocido encendía una cerilla y consultaba la esfera de su reloj.

Desde media noche empezó á impacientarse. A las dos se volvió hácia Struth.

—El día no va á tardar en venir—dijo.

Unas luces extrañas aparecieron á lo lejos, dominadas por los fuegos de dos á tres resplandecientes faros.

—Cherbourg, milord—dijo el pescador.—Paciencia; nos aproximamos. Sin la tempestad que se anuncia y nos sigue, nos hubiera sido imposible abordar tan pronto.

Smith estaba tendido, casi privado de sentido.

El desconocido se cubrió la cara con su capa y esperó.

A las tres y media, la lancha llegó frente á un faro más gigantesco que los otros y que parecía que se aproximaba con rapidez.

Y la resplandeciente luz del faro de Gatteville, esa maravillosa columna de granito, cuyos cimientos desafían los furios de los huracanes, mientras que su cúspide se balancea á trescientos piés de la roca que le sirve de pedestal, proyectaba su deslumbrante resplandor sobre aquellos tres hombres, traqueteados en una cáscara de nuez, en medio de la tempestad y de la noche, mientras que rojas y blancas luces, pálidas al lado de la de aquel deslumbrador gigante, indicaban, en medio de los escollos que erizan la entrada, los pasos de Blarfleur á los marinos perdidos en las tinieblas.

—¡Por fin!—murmuró Struth.

El desconocido miró otra vez su reloj: marcaba las cuatro.

El día principiaba á aparecer, pero tan débil aun, que se distinguian mal las oscuras líneas de la orilla.

Además, el mar estaba bajo y no se podía entrar en Blarflour hasta ya pasadas algunas horas.

Esto no le convenia al hombre de la capa.

—¡A bordemos!—dijo con voz resuelta.

Con un tiempo semejante, la tentativa era peligrosa.

Sin embargo, Struth no vaciló. Parecia que tenia prisa por deshacerse del pasajero y de la carga que él llevaba.

Nada respondió.

Algunos minutos despues, el casco de la barca sufrió una sacudida violenta que la hizo eruir por todas partes y que arrancó á Jacobo Smith un grito de desesperacion.

El desconocido, advertido por el pescador, se habia agarrado al mástil y no se habia movido.

La lancha acababa de varar en un banco de arena, pero sin accidente alguno; Struth habia amortiguado el choque con la ayuda de un botador.

—¡Hemos llegado, milord!—dijo.

A poca distancia, sobre una verdadera playa de escollos medio descubiertos, negros y amenazadores, se elevaba la línea de tierra á unos quinientos metros del barco.

El hombre de la capa se levantó.

Debía conocer perfectamente la costa, porque no pidió informe alguno al pescador.

Pero le alargó un saco de cuero.

—¡Cien libras!—le dijo.—¡Es esa vuestra cuenta?

—No, milord. ¡Sesenta!

—¡Cien libras!—repitió el desconocido. Ese es el precio convenido.

Smith apenas tenia fuerza para moverse.

Struth balbuceó una contestacion casi ininte-

ligible y guardó el saco en el bolsillo de su capote de marino.

El desconocido se habia lanzado sobre la punta de una roca, conservando en su robusta mano el canastillo en que llevaba la criatura y marohando de prisa.

No obstante pudo oír la irritada voz de Struth que decía:

—¡Ah, bergante, me robabas! ¡Cien libras! ¡Tu cuenta es buena!

Se volvió.

La barca se levantaba por los esfuerzos del viento.

El inglés habia izado la vela en un momento de cólera, á peligro de zozobrar, y volvía á emprender su loca correria por aquellos peligrosos pasos en donde las gentes más atrevidas del pais no se aventuraban ni aun en el tiempo más sereno.

Cuando el hombre de la capa se volvió por segunda vez, sin acortar el paso, el trueno se hacia oír encima de su cabeza y la barca de Struth estaba ya lejos.

El desconocido no tenia sin duda tiempo que perder.

Y necesitaba la oscuridad.

Avanzó á paso largo en direccion de las blancas y rojas luces del puerto de Blarflour, que seguian brillando.

La carga que llevaba no le pesaba mucho.

Un aluvion que empezó á caer, inundaba de arena los senderos que él seguía, costeano los charcos de agua dejados por el mar al retirarse.

Pronto algunas pobres viviendas, bajas y destruidas por el viento, ruinas más bien que casas, cabañas de pastores ó de pescadores de langostinos y de moluscos, se levantaban á derecha é izquierda del camino.

Despues fueron casuchas algo más altas las que se encontró de trecho en trecho, en medio de pastos rodeados por cercas de piedra cubiertas por abrojos.

Por fin vió un camino, en medio de los tortuosos senderos que seguía desde la playa, y pronto se encontró con verdaderas casas, estancias de aldeanos retirados á alguna villa ó de renteros acomodados, se alineaban á ambos lados del camino.

Aquello era Blarfleur.

El desconocido continuó su camino con paso más rápido.

La aun dudosa luz del naciente día se aclaraba cada vez más, y á pesar de su audacia, fácil de comprender en sus enérgicas facciones, aquel extraño viajero principiaba á dar señales de inquietud.

De cuando en cuando se limpiaba la frente, por la cual corría el sudor, producido más bien por una punzante ansiedad que por la velocidad de su marcha.

Felizmente el agua caía á torrentes y retenía en sus casas á los habitantes, los cuales las abandonan de ordinario al rayar el alba.

Todas las cataratas del cielo estaban abiertas.

Por fin el hombre de la capa exhaló un gran suspiro.

Hacia la izquierda de una calle, en la cual acababa de entrar, vió la verja de una casa bastante grande, edificada en el fondo de un jardín de cierta extensión.

En la columna del centro de la verja había colocada una cruz.

No tenía otras casas vecinas aquella casa. Únicamente frente al jardín, al otro lado de un ancho camino, tres ó cuatro chozas de pescadores mostraban su espalda, sin otras ventanas que algunos agujeros.

El hombre examinó rápidamente los alrededores con mirada viva y perspicaz.

—¡Nadie!

Una luz rojiza pasaba á través de una ventana de la sala baja de la casa grande.

El desconocido ató el canastillo á la verja con una correa y tiró con violencia del cordón de la campanilla.

La puerta de la sala en que se distinguía la luz, se abrió.

Medio minuto despues, un ruido de pasos se aproximó á la verja, atravesando el jardín.

El desconocido había desaparecido.

Pero no estaba aun tan distante que no pudiera oír un grito de admiración.

La puerta de la verja giró sobre sus goznes.

Una sombra, débil y negra, se proyectó en el camino é hizo lo que el hombre de la capa había hecho algunos momentos ántes; miró á todas partes.

La lluvia continuaba cayendo á torrentes y el camino estaba desierto.